

ECONOMÍA Y POLÍTICA.

Última conversación con Valentín Andrés Álvarez

José M.^a Bárcena

– Yo creo que ya me estoy pasando.

Así me dice don Valentín cuando me refiero a su estado de salud física y mental, y a manera de saludo cuando me presento en su cuarto de estar, abusando del amigo, a las cinco en punto de la tarde. (En el “casete” ya en marcha están recogidas las campanadas del hermoso reloj de pared que preside la habitación). Las cinco de la tarde del cinco de septiembre de 1981. Es como un presagio de algo muy importante. Una hora familiar para los aficionados a fuertes emociones. Un sol radiante fuera. Dentro, en el seno de un “alma mater” acumulada tras muchos años de estudio y de docencia edificantes, la “lidia” de un torrente de ideas que se desparraman, jubilosas y fulgurantes, como fruto sazonado en homenaje al triunfo total de la gerontología.

– Porque yo soy superviviente de casi todo. – También así lo ha expresado en otras ocasiones. Y yo repito sus palabras: – Por eso estoy convencido de que el hombre es un hijo de la Historia. Eso lo diferencia del animal, que es un hijo de la Naturaleza.

– En mí, además, ocurre otro fenómeno curioso. Yo soy hijo único de viuda joven. –Y enciende un pitillo, según él, el primero de la segunda cajetilla del día–. Porque, ¿usted sabe?, a mí el tabaco no me hace daño. –Y continúa con su tesis iniciada:

– Me pasa como a otros muchos amigos míos, por desgracia ya fallecidos, todos hombres muy destacados en sus actividades. Hijos de viudas jóvenes. Esto condiciona, sin duda alguna. Con respecto a mí, puedo ase-

(*) Publicado en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, separata n° 138, 1991.

gurar que mi vida hubiera sido muy distinta de haberme criado en un ambiente de muchos hermanos, con todo lo que eso lleva detrás, condicionante de amistades, de forma de enfocar los problemas...

Medita un momento y yo trato de sacarle de su ensoñación:

– Dígame, don Valentín. Usted perteneció a la llamada Generación del 27, a la tertulia de *Pombo*, la del cuadro de José Solana.

Me interrumpe, haciendo alarde de memoria:

– En efecto. Pero yo no estoy en ese cuadro porque llegué tres años más tarde, lo recuerdo perfectamente. Y voy a decirle algo muy importante, porque yo viví en una época que era muy política, aunque sin embargo, también una época muy literaria. Pues bien: yo nunca cultivé tertulias políticas, solo literarias. A todas las tertulias literarias de mi época asistí, y durante muchos años; yo fui contertulio de don Ramón del Valle-Inclán. Yo fui contertulio de Ortega y Gasset y lo fui también de Ramón Gómez de la Serna. Esas fueron las tres grandes tertulias de mi vida intelectual.

– En efecto –le ratifico–. Hay un libro de Miguel Pérez Ferrero que habla de esas tres tertulias de las que bautizó como “cafés-cátedra” a las dos primeras. Pero a la de *Pombo* la diferenció ostensiblemente, nombrándola “Parlamento literario”. Decía que acaso fue el primero y el último de los parlamentos literarios que jamás existieron antes ni después en España.

– ¡Ya lo creo! –corroboró don Valentín–. ¡Fíjese bien! No hay más que repasar los nombres de los que, a través de varios años, fuimos pasando por la tertulia de *Pombo*. Creo que es muy acertada esa expresión de Miguel Pérez Ferrero, a quien, naturalmente, yo también conocí y traté muchísimo. Por cierto –y aquí me da un sinfín de detalles familiares que no hacen al caso–, Pérez Ferrero era también hijo de viuda joven. Recuerdo haberlo comentado con él muchas veces.

Vuelve al cigarrillo y continúa:

– Sí, yo pertenecí a la llamada Generación del 27, que fue como una ruptura con la generación anterior, la del 98. Porque cada generación es como un corte de ideas con la anterior. Fíjese que en la vida familiar ocurre algo parecido. En los choques triviales por cualquier nimiedad, en seguida ocurre un hecho curioso: el abuelo sirve de refugio a la pesadumbre o situación conflictiva creada por la ruptura que surge, momentánea o solapadamente, entre los hijos que empiezan a mocear y sus padres.

– Todo esto es muy importante –continúa don Valentín–, porque explica muy bien la “teoría de las generaciones” de Ortega, que a mi juicio, se formó en su cátedra. (Y en sus tertulias-cátedra, pienso yo, como lo haría Pérez Ferrero). Voy a explicarme. En su cátedra coincidieron los que voy a llamar “viejos”, como Azcárate y Giner de los Ríos. Luego vendría una pléyade de nombres propios que harían prolija esta relación. Y por fin, otros muchos más jóvenes, entre los cuales estaba yo, que era el benjamín. Pues bien; estoy persuadido de que el estudio de nuestras reaccio-

nes, de nuestros diversos modos de enfocar los problemas, etc., fue utilísimo para Ortega y Gasset.

Se queda pensativo y concluye rotundamente:

– Desde ahora puedo afirmar que el esquema de su pensamiento filosófico tuvo en aquella experiencia una base importantísima.

– Entonces –pregunto–, si está tan claro este movimiento “pendular” de las ideas a través del conflicto de las generaciones ¿por qué se siguen mezclando las ideologías puramente intelectuales con las ostentamente políticas?

– Ay, amigo. Usted debe saber, ante todo, que en mi ánimo han presidido siempre *las ideologías estéticas*, incluso en el aparentemente absurdo campo de la Economía. Y dentro de las ideologías estéticas, las intelectuales son como las antípodas de las ideologías políticas. Lo que ocurre es que la ambición de muchos hombres favorece tácitamente esta promiscuidad, porque esos seres ambiciosos creen, ¡equivocadamente!, que por un fenómeno psicológico de ósmosis sus ambiciones políticas van a quedar algo así como... ¿cómo diría yo?

– Camufladas –le insinúo.

– No, por Dios. Camufladas, no. Algo así como edulcoradas ante la galería por una especie de corteza de esteticismo intelectual que están muy lejos de poseer.

Parece meditar sobre lo que acaba de decir. Y, aparentemente, cambia de tema.

– Mire usted, desgraciadamente muchas de las desdichas que han pesado sobre España se deben a nuestra peculiar manera latina, mediterránea, de sofisticarnos. Los españoles nunca hemos podido soslayar un hecho histórico que nos ha condicionado para siempre. Es el “triángulo isósceles”, que partió de Asturias cuando la Reconquista, en su vértice superior, impregnando todo el reino de León y toda Castilla, y dejando en una separación auténticamente marginal a las dos únicas y verdaderas nacionalidades que surgieron de aquel movimiento espectacular: Galicia y Cataluña.

Pienso por un momento que está divagando. Pero no es así, porque enseguida vuelve al tema que estábamos tratando y comprendo inmediatamente su transmutación mental.

– Como nuestro temperamento latino es eminentemente estético, la lucha política no puede permanecer al margen del mismo y este regionalismo que surge de mi “triángulo isósceles” hace que los profesionales de la política se aprovechen de las circunstancias, es decir, de la buena fe que por regla general domina a los intelectuales auténticos. Estos, por definición, están dotados de un carácter liberal, que en determinadas ocasiones les confunde ante la sociedad por su rotunda oposición a cualquier tipo de sometimiento de la mente humana a prototipos establecidos por el abuso que el hombre político, precisamente por su poder político, hace de esa propia libertad.

Descansa unos momentos y vuelve su rostro hacia la calle que termina en el parque, inundado aún de una hermosa luz de verano. Para dis-

traernos del tema, hablamos del pueblo –Grado–, de su familia, de la mía, tan ligadas a este encantador rincón de Asturias, libre de contaminación por el momento, donde conversamos.

– Julia Beltrán. ¡Qué imaginación tenía! La llamábamos “Julia Verne” –divaga recordando a una figura entrañable para ambos.

Y sonrío para sus adentros. Su mirada es todo un compendio de expresividad. ¡Noventa años han escudriñado el mundo por doquier esos mismos ojos, hoy a través de unos gruesos cristales que no empañan su límpida transparencia!

– Pero volviendo a lo que estábamos hablando, yo creo que en eso de la imaginación yo no le iba a la zaga. Es menester poseer mucha para entrar en el tema de la Teoría Económica desde un punto de vista absolutamente apolítico como hice yo desde mi tribuna mental de las ideologías estéticas.

Pienso que estamos llegando, después del breve inciso documental, al meollo de la conversación. Porque el polifacetismo de don Valentín no se caracteriza por esa grandilocuencia vacua que emplea el método inglés de los “términos clave” para hablar mucho sin decir nada. Aquí, no. Aquí todo es profundo, serio, verdadero. En una cinta magnetofónica de 120 minutos hay material para escribir un libro entero. Pero yendo a los aspectos más concretos y específicos que pueden ser más interesantes para una publicación de carácter general, estoy obligado a resumir el registro de unas ideas grabadas en un cerebro que conserva su eficacia después de noventa años de uso constante; pues yo creo que Valentín Andrés empezó a discurrir antes de su destete, lo siguió haciendo mientras bailaba tangos en París, y acabó por demostrar su poder de convocatoria teniendo que utilizar para su primera Lección de Teoría Económica el paraninfo de la Universidad de Oviedo, único lugar del edificio que podía albergar a los 1.500 alumnos que acudieron a su cita.

Inmediatamente, la llamada de la Universidad Central de Madrid. Y quince años de docencia ininterrumpida, dejando la estela de su saber a una nueva generación (¿la de los actuales maestros?), que podría ser la base del verdadero cambio que experimenta nuestra sociedad.

Pero dejemos hablar al científico de la Economía, al gran teórico de esta disciplina que hoy puede ser el arma más importante para salvar a la humanidad del “impasse” que estamos viviendo.

– Verá usted: la política es una forma camaleónica de disfrazar los verdaderos sentimientos ideológicos. Por eso, no se trata de un “camuflage” como decía usted antes. No, no es eso. Es algo más serio, y hasta, incluso, más grave. La política se mezcla con la economía y ya tenemos en danza un nuevo término, una nueva expresión: la Economía Política. Y no es que yo tenga nada contra esta manera de expresar una parte importante de la Economía. No. Lo que pasa es que si la política se mezcla con la economía, puede producirse un campo de cultivo muy apto para confundirnos y confundir a las masas ingenuas, dispuestas siempre a tener algo en qué creer como autodefensa, con ese sentido innato que existe dentro del hombre de cualquier tipo social que sea; y ese algo le hace

luchar, aunque sea inconscientemente, contra la pérdida de conceptos vitales, que en el peor de los casos, por lo menos intuye, y que en definitiva, puede resumirse que consisten en la supervivencia de la libertad dentro de la prosperidad.

– O sea –interpreto–, que hoy el mundo vive en una encrucijada en la que el flujo de situaciones, basado en corrientes de muchas experiencias vividas demasiado aprisa, nos puede situar en un punto en que la toma de decisiones puede ser demasiado drástica y tajante como para poder garantizar su eficacia.

– Exactamente no es eso –me contesta con placidez y exquisita delicadeza–. El problema está en que se presume mucho de haber creado una sociedad liberal en Occidente y, sin embargo, hay muchos economistas que no tienen el menor empacho en repudiar las teorías de Adam Smith. Y del liberalismo no nos enseñan más que el viejo esquema del “laissez faire”.

– Mi padre decía, y le pido perdón por interrumpirle de nuevo, que esos falsos profetas de la libertad no nos enseñan del liberalismo y de la democracia nada más que las formas, pero no las esencias.

– Exactísimo –aprueba–. El peligro estriba en que los agoreros del mal, quiero decir, los cultivadores del pesimismo en todas las situaciones de cambio, tienen bases para fomentar su estado de crítica negativa permanente. Hoy el relajamiento de las costumbres es ostensible en todas las capas sociales. La molicie que sobreviene como consecuencia de este “relajo” ha sido siempre la causa primordial del derrumbamiento de muchas culturas a través de la historia. Y como el hombre es hijo de la Historia, vuelvo a repetirlo, de ahí que pague las consecuencias de incurrir en los mismos errores.

– Según esto –digo–, ¿pueden tener razón quienes arguyen que llegará un momento en que la sociedad prefiera sacrificar su libertad en aras de un orden moral, aun cuando sea agnóstico; orden que cada vez va faltando más en nuestro mundo llamado “libre” por culpa del excesivo abuso de la libertad que usted mismo señalaba antes?

– Sí, sí –me contesta–. Y sería muy triste que esto pudiera ocurrir, sobre todo pensando en quienes tanto han luchado y seguiremos luchando mientras tengamos vida, porque el hombre, por encima de todo, sea libre, rabiosamente libre. Que el materialismo absoluto pueda conseguir en el orden moral unos logros que sirvieran de ejemplo a los occidentales, constituiría, además de un fabuloso fracaso de los sentimientos liberales, una de las paradojas más pintorescas de toda la historia.

– Entonces, perdón, me surge una pregunta importantísima: ¿puede funcionar de manera práctica un sistema democrático dentro de una sociedad de masas como la que se prevé, dominada por el poder de la informática y los ordenadores si paralelamente no existe una auténtica vertebración moral entre el pueblo y sus gobernantes?

– Pues mire usted, yo soy optimista, a pesar de todo, porque parto de un principio fundamentalísimo que a veces se olvida o no se tiene en cuenta: la Naturaleza es causalidad y la Historia es libertad. La Naturaleza

tiene sus leyes y cuando aparece el hombre, que no es un animal racional como por ahí se dice, esto ya funciona de otra manera. Me dice usted que la vertebración entre pueblo y gobernantes debe ser precisa para que puedan ser operantes unos modos democráticos y liberales. Bueno. Pues puede que haya algo de eso, pero moviéndonos en el campo de la política. Y como, repito, el hombre es hijo de la historia, el progreso, aunque tenga frenazos por causas esporádicas, siempre basadas en ambiciones personales de minorías muy poderosas, no podrá pararse nunca.

– Pero no me podrá negar usted que estamos llegando a un momento histórico en que ya parece definirse de manera absoluta una dicotomía a escala mundial entre capitalismo y marxismo.

– Bueno –responde inmediatamente–. Ante todo, eso es muy complicado. Pero vamos a tratar de analizarlo fríamente. El marxismo es una idea política, básicamente política. Y como tal, está sometida a muchos intereses que nada tienen que ver con la realidad histórica. Ellos dictan sus leyes y ellos se las guisan y se las comen. Por eso, yo no creo que el mundo camine hacia el marxismo¹. Claro, ellos dicen lo contrario. Es el objetivo fundamental de su propaganda.

– Pero esto ocurre también en las altas esferas del supercapitalismo.

Don Valentín se revuelve en su asiento. Es la primera vez que me ataca frontalmente.

– ¡Ya estamos en lo mismo! –exclama con mucho énfasis–. Ya estamos haciendo política con la economía. Tanto me da que esas minorías elitistas como usted las llama estén de acuerdo en las alturas para hacer su agosto a través de la política. En efecto, digo bien: política, y mala, además... Pero el capitalismo no es una idea política, es una idea económica. El capital es uno de los tres grandes elementos indispensables como factor de producción. Los otros dos son, como todo el mundo sabe, la tierra y el trabajo. Por ello, siempre he dicho que decir “soy anticapitalista” es un disparate tan grande como decir, por ejemplo, soy antiagricultor, soy antitrabajador. Eso no tiene sentido. Si la tierra produce árboles y los árboles dan frutos, y la tierra da renta, la ciencia económica explica por qué ocurre esto. Ahora bien, ¿para quién va a ser eso? Eso ya no es economía, eso es ya política. La ciencia económica es algo mucho más serio. Hay que repasar a Smith, a Ricardo, a Flórez Estrada. Luego, meditar sobre todo ello. Y llegar a la conclusión de que estos grandes hombres crearon una ciencia, es decir, la ciencia económica, exactamente igual que Euclides creó la Geometría. Y ahí están sus principios, que son los principios del bienestar material, que no están reñidos, ni mucho menos, con los principios morales de las doctrinas cristianas.

– Theilard de Chardin, por ejemplo...

– Bueno, sí. Pero ése es más bien un teólogo. Aunque sea muy interesante todo lo que dice. En fin, yo veo en ello mucha fantasía. Una fantasía poética, incluso filosófica, más que otra cosa.

(1) Nótese la fecha de esta afirmación: 5 de septiembre de 1981 (E.B.R.).

Insinúo otro nombre: Max Weber. Su opinión no se hace esperar.

– Extraordinario sociólogo. Ahí tiene usted un hombre que adquirió su fama polemizando contra Marx. Criticaba también las ficciones de la democracia abstracta, dudando mucho de que a través de ella fuese el pueblo quien gobernase. Pero asimismo no tenía dudas acerca de que, a medida de que el progresismo fuese avanzando, esta influencia sería cada vez mayor. Ya ve usted, ésta es una buena respuesta para la pregunta que nos hacíamos antes. Yo tengo sus libros, y en todos ellos hay... ¿cómo diría yo?

– Un “leit motiv”, como en las óperas de Wagner.

– Sí, eso mismo. Y más o menos, era esto: poner el fundamento de la libertad humana en el terreno de la ciencia. Formidable Max Weber. Pero, repito, más que un economista, un sociólogo de primera magnitud...

Se había terminado la cinta magnetofónica. Era de noche sobre Grado. Habíamos conversado casi tres horas. Su hijo, en algún momento hizo algunas fotos que quedan para la historia de ese día, en la víspera de mi retorno a Madrid, ignorante de que aquélla iba a ser la última vez que le viera.

Al año casi justo de realizada esta entrevista por quien en aquel momento “ejercía” un periodismo de urgencia, nos abandonaba para siempre este hombre, que dejó en mí un recuerdo imborrable y que me abrió los ojos ante un título que yo desconocía poseer: el de hijo de la Historia, al que como parte integrante de ésta, siento que debo hacerme acreedor.

